

## Cuento

# La irrupción de una ciclista en la ciudad

---

*Walkiria Torres*

Universidad Autónoma de Aguascalientes

Ella, un día, así nomás, dejó de usar el autobús y tomó la bicicleta. ¿Por qué lo hizo? Creo que fue por nostalgia, algunos recuerdos de la infancia. Cuando era pequeña, el abuelo la llevaba cada domingo a tomar una nieve de limón, pero el trayecto lo hacía en su triciclo. Después aprendió a andar en bici, con su hermana paseaba en el parque o en las calles de la colonia, simulando persecuciones, rescates, o lo que la imaginación dictara. Tal vez fueron esas experiencias cercanas a la libertad las que la condujeron a considerar el uso de la bicicleta como medio de transporte. Pudo ser, también, un impulso intuitivo o un dejo de rebeldía, tal vez el fastidio ante el deficiente transporte público. Así, quiso probar otra alternativa para trasladarse en la ciudad y sintió que un airecito fresco le entraba por la cabeza y le recorría todo el cuerpo.

¿Por qué no compró un automóvil? Nunca le interesó, ni lo juzgaba conveniente, pensó que generaba más ataduras que independencia; no tener carro era una desobediencia frente a la uniformidad de las convenciones sociales que nos orillan a adoptar hábitos y prácticas que ni siquiera deseamos. Tenerlo parece una necesidad ineludible y signo de éxito, pues la riqueza material se sobrepone al bienestar personal y el poder adquisitivo aparece como sinónimo de felicidad. Ella quiso, aunque fuese parcialmente, renunciar a los dictados de la sociedad consumista en la que estamos inmersos y trazar nuevas prácticas de vida.

Una vez que asumió que la bici era su medio de transporte ya no pudo dar marcha atrás. No importaron los comentarios que le advertían sobre lo peligroso que puede ser para una mujer, los riesgos del sol directo sobre la piel, la lluvia o el fuerte viento. “Los inconvenientes se afrontan”, pensó. Así, para protegerse de las inclemencias del tiempo usó impermeables, bufandas y bloqueadores solares. De igual manera, no desistió cuando tuvo que solucionar uno que otro desperfecto: una llan-

---

ta ponchada, la cadena suelta, los cambios desajustados. Buscó resolverlos con aplomo. Vamos, a una chica no se le enseña a meterle mano a las máquinas ni a usar herramientas y ahora ella tenía que arreglárselas con las averías de su bicicleta. Descubrió que a veces sólo se requiere de un poco de maña, en otras ocasiones caminó buscando un taller de reparación o en otras un buen samaritano le prestó ayuda. También, aprendió a transitar en medio de autos, camiones y autobuses, usó casco, se hizo visible con bandas reflejantes y luces; asimismo, desarrolló estrategias para sobrevivir ante las reglas de tránsito que no se hicieron pensando en los ciclistas. Todo ese empeño valió la pena porque el estrés que provoca el tráfico, los apretujones y jalones en el autobús se quedaron en el pasado, así su estado de ánimo y salud mejoraron.

Además, ella persistió en el uso de la bicicleta porque se encontró con sus pensamientos, con su cuerpo, y experimentó la ciudad como nunca antes. Aprendió a jugar con su mente, a pensarse o desaparecer ante el ritmo irregular en el que aparecían diversas ideas y sensaciones. Sus piernas reconocieron sus posibilidades, el oído y el olfato se sensibilizaron ante los estímulos de las calles. Le empezaron a estorbar los prejuicios, su cuerpo se liberó al ritmo de cada pedaleo y descubrió otra forma de placer: un goce orgánico, una erótica le trasminó por la piel, el corazón y las ideas. El aire se divertía con su falda, más de una vez le acarició los pechos y sonrojó sus pezones; de vez en cuando, una brisa le susurraba al oído, otras veces, algunas gotitas de lluvia se escabullían al interior de su blusa y le recorrían la espalda, otras veces en medio de las piernas. El frío estimuló su piel haciéndola estremecer y a veces un tope o un bache la sacudían haciéndola sentir viva. En ocasiones, toparse con un desconocido detonaba una complicidad seductora: sonrisas y miradas entablaban un juego efímero de seducción. Viajar en bici se convirtió en una aventura, porque la vida cobró otro significado y provocó otras sensaciones. Se reconcilió con la ciudad y lo que la rodeaba.

Los viajes en bici no están exentos de peligros; a pesar de eso, ella descubrió la ciudad de otra manera, se encontró consigo misma, con su mente y su cuerpo. Detonó una vivencia erótica que irrumpe de forma contestaría a lo que habitualmente es el espacio público para una mujer.